

# El Principito

**Autor / Author**

**DE SAINT-EXUPÉRY, Antoine**

**Editorial / Publishing company**

**Berenice. Córdoba, 2017. 121 pp.**

«**S**e tiende a considerar *El Principito* como un libro infantil [...] Sin embargo, reducir esa obra a dicha clasificación supone desdeñar que estamos ante un libro para todas las edades, y, aún más, que su destinatario último es el lector adulto» (p. 7). Son palabras de Javier Ortega en el *Breve preámbulo del editor* para justificar esta última edición de *El Principito* en castellano. Tiene mucha razón. El cuento de Saint-Exupery habla de la imaginación y de la amistad, pero también de la vocación perdida, el amor fracasado, la soledad del adulto y la muerte. ¿Cómo entender estas cosas cuando somos niños? Ahora bien, una vez compartimos este certero diagnóstico, es el momento tomar una decisión: ¿cómo enfrentarnos a esa injusta clasificación dominante entre lectores y críticos que empobrece la interpretación de esta magnífica obra? ¿Cómo «rescatar» *El Principito* del «reducido ámbito del libro infantil»? (p. 9).

Javier Ortega ha decidido resolver la situación tratando de ofrecernos una edición menos infantil y más literaria y esto se concreta en tres resultados: el primero, un prefacio que nos prepara para una nueva lectura; el segundo, una nueva traducción, supuestamente más literaria, a cargo de Francisco Javier Marañón; el tercero, sustituir las tradicionales ilustraciones de Saint-Exupery por las de Bernardo Fuentes, a lápiz, más elaboradas y oscuras, más simbólicas y, a su modo, literarias.

Quizá es una decisión temeraria la de corregir la expresión de un genio que se muestra muy seguro de lo que expresa. Saint-Exupery se mostró obsesivo no sólo por encontrar la forma definitiva de su texto, que parece esculpido palabra por palabra, sino también al elegir las ilustraciones y su disposición en relación tanto con el texto

como con el formato de la obra. La primera edición no vio la luz hasta que tuvo su visto bueno, después de innumerables correcciones aparentemente caprichosas. Fue voluntad expresa de Saint-Exupéry que texto e ilustraciones marcharan siempre juntas, y en el orden preciso en el que él decidió ubicarlas. El tono del texto y de las ilustraciones es inocente -tal vez *naïf*- de modo consciente y deliberado, pero no estoy seguro de que inocente y *naïf* (ingenuo) sean exactamente lo mismo que «infantil». Entre otras cosas, porque lo infantil es espontáneo, mientras que la inocencia e ingenuidad, en arte, se compran a un precio muy alto.

Las alusiones del autor/narrador (Saint-Exupéry) al hecho de que nunca aprendió a dibujar y su insistencia de que eso se manifiesta precisamente en los dibujos que nos comparte, no pueden tomarse a la ligera. En primer lugar, porque son decisiones literarias y estéticas que atraviesan el texto y las ilustraciones. En segundo lugar, por coherencia narrativa. Esta edición de *El Principito* nos ofrece el testimonio de un piloto que no sabe dibujar... acompañado de ilustraciones – supuestamente suyas- propias de un virtuoso del lápiz. Tal vez las ilustraciones de Saint-Exupéry parezcan infantiles por sencillas; lo que es claro es que son sencillas porque tratan de ser *desnudas*, esenciales, nada barrocas, ni simbólicas, ni revestidas de otra cosa que la visión esquemática y esencial del acontecimiento que tratan de expresar. Lo mismo podemos decir del texto.

Una vez aceptamos –por lo demás, de buena gana– la propuesta del prefacio, con su temeridad al proponer nuevas ilustraciones y una nueva traducción, lo propio es examinar ambos resultados. De las ilustraciones no debo hablar. No es mi campo y no quiero hacer pasar por saber o criterio lo que no es sino un gusto personal no especialmente educado. Basta lo dicho de su problemática relación con el texto. De la traducción, y del conjunto del texto que resulta de ella, debemos decir algunas cosas.

El lector hispanohablante asiduo a *El Principito* está acostumbrado a la sempiterna traducción de Bonifacio del Carril, que elaborada en los años 50 ha sobrevivido como anónima hasta hoy, y a la que personalmente le auguro todavía mucho futuro por delante. Es una traducción muy fiel, literal hasta donde es posible, que respeta bien el contenido, el estilo e incluso el ritmo que imprime Saint-Exupéry al original francés.

Soy un lector y comentarista impenitente de *El principito*, año tras año, en mis clases universitarias. Me lancé a leer la nueva traducción sin acudir a la anterior, subrayando cuidadosamente toda expresión que me saltó a la vista, de forma inmediata, como distinta de la anterior. Debo decir que no subrayé demasiado. En una segunda lectura fui comparando las dos traducciones, cotejándolas además con el original francés.

En buena parte del texto, Francisco Javier Marañón apenas se aleja de la traducción de Bonifacio del Carril; cuando lo hace, el resultado es -¿puede ser de otra forma?- discutible. Creo que acierta Marañón cuando traduce «grandes personnes» por «personas mayores» y, de vez en cuando, por «adultos». En anteriores revisiones del texto aparecía a veces la expresión «grandes personas», un calco fonético que no es del todo fiel a lo que Saint-Exupéry quiere expresar. Es cierto que los términos «grande personne» pueden sugerirle al niño que se habla de una persona respetable, pero más por su edad que por ser «grande»; y el farolero o el bebedor, sin duda personas mayores, ni son ni se creen grandes. Traducir «personas grandes»

o «grandes personas» es querer especificar algo que Saint-Exupéry no quiso hacer y, tal vez por querer subrayar una denuncia al ego de algunos adultos, descafeinamos el alcance de la crítica del autor francés, que no es sólo hacia las personas orgullosas, altivas o cargadas por responsabilidades importantes, sino hacia la mentalidad de todo un pueblo y una época, la de los europeos del siglo XX y, tal vez, también la nuestra.

A nuestro juicio, el mayor acierto en el que Marañón corrige a Del Carril lo encontramos en el capítulo IV, en el que el piloto, comprometido con que las «personas mayores» crean su relato, explica que el principito viene del asteroide B-612. A los adultos les gustan las demostraciones matemáticas y racionales, los niños prefieren las historias. Esta contraposición responde a un debate epistemológico presente en la Francia de Saint-Exupéry, en el que los filósofos existenciales (Marcel, Camus) prefieren el relato para hablar de las verdades antropológicas fundamentales. En ese contexto, el piloto dice que el principito quería un cordero y que «querer un cordero es prueba de que existe», traduce Del Carril. La frase resulta ambigua y permite entender que quien existe es el *objeto de deseo*, es decir, el cordero. Marañón traduce: «querer un cordero es prueba de que se existe», subrayando así que la prueba del argumento se refiere al *sujeto que desea*, es decir, al principito. De esta forma se subraya el paralelismo que Saint-Exupéry establece con su compatriota René Descartes y su «cogito, ergo sum». Si la filosofía moderna apoya la existencia del hombre en el *yo pienso*, Saint-Exupéry nos invita a sustentarla en el *él quiere*, cambiando el punto de apoyo del *yo* al *otro*, y del *pensar* al *desear* o *amar*. Esto es clave en toda la obra: por esto las personas mayores hacen cuentas y números y corren de un lado a otro sin saber lo que quieren, mientras que los niños son felices porque saben lo que quieren (véase el episodio del guardagujas).

La mayoría de las veces en que Marañón se desmarca de la traducción de Del Carril, el resultado no nos parece satisfactorio. Quizá lo hace alentado por la pretensión del editor -¡hagamos una versión más literaria, menos infantil!-, pero no siempre buscar expresiones y estructuras más extrañas, menos sencillas, es necesariamente un acierto literario. Menos aun cuando la historia y el narrador exigen, por coherencia narrativa, sencillez. Veamos algunos ejemplos.

«Les champs de blé ne me *rappellent rien*», dice el zorro al principito. «Los campos de trigo no me recuerdan nada», traduce literalmente Del Carril. «Los trigales no me evocan nada», traduce Marañón (p. 91). No estamos seguros de que «trigal» sea, aquí, más literario que «campos de trigo», pero estamos convencidos de que si Saint-Exupéry hubiera buscado una exaltación de la imaginación romántica (una «evocación»), en lugar del recuerdo concreto de algo verdadero y real, hubiera escrito «ils n'évoquent rien». Pero no lo hizo. De forma que la utilización aquí de un vocablo aparentemente más sublime traiciona el hondo sentido filosófico y existencial, encarnado, íntimo, de lo que Saint-Exupéry trata de compartirnos. Similar (d) efecto encontramos en el primer encuentro entre el piloto y el principito. Ante el imperativo del principito «dessine-moi un mouton» («dibújame un cordero», aunque Marañón traduce «píntame un cordero»), explica el piloto: «Quand le mystère est trop impressionnant, on n'ose pas désobéir». «Cuando el misterio es demasiado grande, no es posible desobedecer» (Del Carril). «Cuando el misterio es tan *portentoso*, resulta imposible desobedecer» (Marañón).

De nuevo, «portentoso» añade algo extraño a la expresión buscada por Saint-Exupéry, y de nuevo nos sentimos inclinados a pensar que eso que añade no es, aquí, un refuerzo, sino una merma literaria. Un último ejemplo, entre otros que no necesitamos comentar: «¡eus un geste de lassitude», expresión que tiene la sencillez de «tuve [o hice] un gesto de cansancio», es traducido como: «*esbocé un gesto de cansancio*», añadiendo artificiosidad tanto al gesto como al piloto.

Quizá el caso más notable de pérdida de fuerza literaria lo encontramos cuando el zorro revela algunos secretos al principito: «*c'est le temps que tu as perdu pour ta rose qui fait ta rose si importante*» («es el tiempo que *perdiste* por tu rosa lo que hace que tu rosa sea tan importante»). ¿Por qué traduce Marañón «lo que hace más importante a tu rosa es el tiempo que le has dedicado»? La inversión en el orden de la frase resta importancia a la rosa, y cambiar *tiempo perdido* -¡tan literario!- por *tiempo dedicado* lesiona el sentido dramático y existencial de lo que Saint-Exupéry pretende subrayar.

En el relato de Saint-Exupéry, sembrado de desencuentros, hay sin embargo tres encuentros especialmente significativos: los del principito con la serpiente y con el zorro y el del piloto con el principito. En estos tres casos ocurre que el protagonista no *identifica* una figura desde lejos con la que luego habla, sino que la voz o la presencia del otro que sale al encuentro se nos anticipa a su figura, a su quedar atrapado por nuestra visión. Ocurre cuando el piloto es despertado por la voz imperativa del principito pidiéndole que le dibuje un cordero. Ocurre también cuando el «¡Buenos días!» del zorro sorprende al principito, quien responde dándose la vuelta, sin ver nada. Y ocurre también cuando el principito, recién llegado a la tierra, no ve a nadie, salvo un anillo de color de luna revolviéndose entre la arena. «*Bonne nuit, fit le petit prince à tout hasard*» («Buenas noches, dijo al azar el principito»). Marañón traduce escuetamente «Buenas noches», suprimiendo ese tiempo suspendido, esa tentativa a la espera de respuesta, que va de la intuición de una presencia hasta el encuentro con su figura. El principito es una realidad valiosa y misteriosa para el piloto, como lo son la serpiente y el zorro para el principito. Lo valioso y misterioso no se entrega a la primera, sino que nos exige paciencia, crear lazos, domesticar y ser domesticados. Suprimir las referencias a esta dilatación que nos prepara para el encuentro merma no sólo la forma, sino la relación que ésta tiene con el fondo del libro.

Sirvan los ejemplos y pasajes comentados para dar de nuevo la razón a Javier Ortega y felicitarnos por la aparición de una propuesta editorial que nos anima a re-encuadrar la lectura y valoración de *El Principito*, obra cuajada no sólo de sabiduría humanista, sino también de un pensamiento filosófico, una actitud vital y una mirada sobre la realidad cuyo fondo apenas permite alejarse de sus formas. Esperamos con ilusión la aparición de nuevos comentarios sobre esta obra, e incluso de ediciones críticas de *El Principito*, que tengan la deferencia de poner la erudición al servicio del lector sencillo y universal, al que Saint-Exupéry se quiso dirigir. ■

**ABELLÁN-GARCÍA BARRIO, Álvaro**

Universidad Francisco de Vitoria  
Madrid (España)